

¿De qué modo es Dios nuestro Padre?

La esencia misma de Dios es *pneuma*, que en griego significa «espíritu». La palabra «espíritu» es neutra en griego, lo cual significa que no tiene connotaciones femeninas ni masculinas. Jesús dijo que nosotros debemos «adorar *pneumati*», es decir, «en espíritu» (sin consideraciones de género) (Juan 4.24). Esto nos recuerda la gran afirmación de Pablo acerca de los bautizados: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay *varón ni mujer*; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3.28; énfasis nuestro).

Puede sonar un poco extraño que se hable de género sin incluir la idea de sexo —es decir, de varón y mujer. No obstante, esto es común en muchos idiomas, incluyendo el griego.

¿Por qué, entonces, le llamamos a Dios Padre? La respuesta hay que buscarla en dos direcciones.

SE TRATA DE UN PADRE ETERNO

Vamos directo a las relaciones internas dentro de la Deidad. Aquí hallamos una respuesta a nuestra pregunta sobre la naturaleza esencial de Dios. Él es un Dios triuno, uno cuya esencia es espíritu, uno en el que hay tres Personas. El Dios eterno es el Padre eterno, el Hijo eterno y el Espíritu eterno. Por lo tanto, a Dios se le refiere primero como Padre, porque como Padre, Él tiene una relación eterna con Su «Hijo unigénito» (Juan 3.16). Siempre ha habido Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu. Dios Hijo no es un ser creado. Dios Espíritu procede de Dios Padre y es enviado por Dios Hijo (Juan 15.26).

Todo esto significa que jamás hubo un momento en la eternidad cuando Dios «tuvo necesidad» de una consorte femenina para poder «producir, crear»

un prodigio. Tan crudos conceptos de la deidad están arraigados en el paganismo y la mitología.¹ Los dioses ídolos de la fertilidad, tanto masculinos como femeninos, que los canaanitas adoraban, fueron objeto de denuncias y de leyes que prohibían su culto, en el Antiguo Testamento.²

¿Cómo es posible, entonces, el que nos refiramos a Dios como Padre? Nos referimos a Él así porque Él es eternamente el Padre por naturaleza espiritual, de la Deidad. Así como en esencia Él es espíritu, en persona Él es Padre.

UN PADRE CREADOR

La otra dirección que tomamos para indagar sobre la cuestión de la paternidad de Dios, nos lleva fuera de la naturaleza interna de la Deidad. A medida que avanzamos, es necesario tener presente que, aunque las personas de la Trinidad son distintas entre sí, la unidad de su obra se manifiesta en lo que hacen. Hay tres ejemplos que nos ayudan a explicar este asunto. La *creación* es el primer ejemplo (Génesis 1.1–2; Juan 1.1–3; Hebreos 1.1–3a). Ella es obra de la totalidad de Dios —de la Trinidad. La *revelación* es el segundo ejemplo (Gálatas 1.12; Efesios 3.2–6). Ésta también es obra de la totalidad de Dios —de la Trinidad. La *expiación* es el tercer ejemplo. También en ésta se observa la

¹ Will Durant, *Our Oriental Heritage (Nuestro legado oriental)* (New York: Simon and Schuster, 1954), 60ff.; Edith Hamilton, *Mythology (Mitología)* (New York: New American Library of World Literature [Mentor Book], 1959), 24–28.

² Éxodo 20.1–6; Deuteronomio 23.17; Jueces 10.6–10; 1 Reyes 11.4–5, 33; 2 Reyes 21.3; 23.13. Las Astoret eran consideradas las consortes femeninas de los baales.

obra de la totalidad de Dios —de la Trinidad (Hebreos 9.14; 10.3–10).

Aunque muchos ejemplos más se podrían hacer notar, estos son suficientes para ilustrar que Dios está envuelto «de lleno» en toda Su obra. No es solamente Dios el Padre el que está envuelto en la creación, en la revelación y en la expiación. Los distintos papeles que cumplen las personas de la Deidad en estas obras, no anulan su unidad en tales obras, sino que la realza. Por ejemplo en el plan de redención general, Dios Padre envió a Dios Hijo a morir en la cruz por los pecados del mundo. No obstante, Dios Padre no murió en la cruz; ni sufrió Él en la cruz. Dios Padre envió a Dios Hijo a morir por nosotros. Después de la sepultura y resurrección del Hijo, Dios Padre le dio toda autoridad y poder, exaltándolo a Su diestra (Mateo 28.18; Juan 3.16; Hechos 2.23–33). Después de haber echado una mirada «dentro» de la naturaleza misma de la Deidad, y otra «fuera», a las obras de la Deidad, ¿a qué conclusión llegamos acerca de Dios como Padre? Él es eternamente Padre, no por alguna orientación sexual, ni por masculinidad, sino por naturaleza divina. Su obra de creación no es exclusivamente obra de Dios Padre, sino de la totalidad de Dios. Entonces, por adjudicación —participación— lo vemos tomando un papel único en los asuntos y destino de la humanidad.

A la luz de lo anterior, es obvio que el término «Padre» referido a Dios, no es prueba de que los antepasados fueran chauvinistas.³ Como ya se expresó anteriormente, las sociedades idólatras y paganas usualmente percibían a sus dioses como masculinos y femeninos. Muchas, si no la mayoría, de las prácticas de culto, eran ritos de fertilidad. Los dioses masculinos y sus consortes retozaban por todas partes en desenfrenado desparpajo. Estos rituales eran a veces tentadores para los israelitas, tal como el Antiguo Testamento lo demuestra repetidamente. Después de todo, el Dios de ellos era invisible y austero, en comparación con los vívidos despliegues que observaban entre los pueblos de alrededor.

Por lo tanto, es incorrecto alegar que cuando los israelitas llamaban a su Dios «Padre», ello de algún modo reflejaba el tenor de los tiempos. Él es el único y verdadero Dios viviente. «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es» (Deuteronomio 6.4). No había politeísmo, no había diosa madre. Estas prohibiciones les fueron impuestas por ley.

³ Es decir, la referencia a Dios como «Padre» no tuvo base en alguna creencia prejuiciada en el sentido de que los varones fueran superiores a las mujeres.

Las convenciones religiosas de las demás naciones requerían dioses del sexo masculino y del sexo femenino, pero no así la religión revelada de Israel. De hecho, no existe siquiera una palabra que se refiera exclusivamente a la idea de «diosa» en toda la Biblia hebrea.⁴ El argumento en el sentido de que fue un «complejo patriarcal» lo que causó que a Dios se le comenzara a llamar «Padre» y no «Madre», pasa por alto la abundancia de pruebas documentadas, tanto bíblicas como no bíblicas. Tal argumento también niega la precisión de las Escrituras como verdadera revelación de Dios. Cuando hay personas que abogan por la discontinuación de la oración del padrenuestro, arguyendo que se le dirige al «Padre nuestro», ello constituye un preocupante síntoma de nuestros tiempos, no de los tiempos bíblicos.

UN PADRE UNIVERSAL

Ya nos hemos referido a Dios como Padre en la relación entre las Personas de la eterna Trinidad. Ahora, al considerar a Dios como Padre, nos volvemos a la vasta revelación histórica de Dios a Su pueblo —nos volvemos a la Biblia. Aquí hallamos que Dios se revela como Padre, de tres diferentes maneras. Las tres son importantes; cada una tiene algo que las distingue.

La primera que notamos es que *Dios es universal por motivo de Su creación*. Como hemos visto que las tres Personas de la Trinidad tomaron parte en la creación, ahora se nos recuerda que por adjudicación se recalca el papel del Padre en la creación. (Del mismo modo, son las tres Personas las que toman parte en la obra de redención, pero es solamente por Su adjudicación del papel de Redentor, que vemos a Dios Hijo pagando el precio de la redención). La relación paternal de Dios con Su creación surge de Su actividad creativa. La humanidad es considerada la corona de la creación, porque es en la raza humana que la imagen y semejanza de Dios es implantada (Génesis 1.26–27).

El poder desplegado en el poder creador de Dios le garantiza a Él Su Señoría por encima de toda Su creación. Hay muchos pasajes bíblicos que reflejan esta combinación de Creador-Padre y Poder-Señor. En ellos se afirma la estrecha relación

⁴ Los traductores de la Biblia al inglés, usan el término «diosa» en 1 Reyes 11.5, 33, pero esto se da por identificación por contexto, pues Astoret era el dios del sexo femenino (la diosa) de los sidonios. En el hebreo, en esta instancia, se lee sencillamente *elohe*, la cual significa «dios(es) de», para identificar a Astoret, tal como lo hace cuando se refiere al Dios de los hebreos, por ejemplo, Génesis 26.24.

entre la paternidad universal de Dios y Su creación:

Como el padre se compadece de los hijos,
Se compadece Jehová de los que le temen.
Porque él conoce nuestra condición;
Se acuerda de que somos polvo.
... Jehová estableció en los cielos su trono,
Y su reino domina sobre todos (Salmos 103.13–14, 19).

Puesto que Dios domina sobre Su creación, Él es Padre en Su compasión por el hombre. La paternidad universal de Dios fue reconocida en el discurso que Pablo les dio a los filósofos paganos reunidos en el Areópago de Atenas. Él citó a uno de los poetas de ellos, el cual dijo: «Linaje suyo somos» (vea Hechos 17.24–29, especialmente el versículo 28). Si nosotros somos linaje de Dios, Él es nuestro Padre. Esto tiene relación con todos los pueblos. Así, por creación, Dios es el Padre universal de todo el mundo.

Es interesante leer acerca de la línea descendiente de Adán. «El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán (hombre), el día en que fueron creados» (Génesis 5.1b–2). No obstante, en el Nuevo Testamento, las palabras que se usan para describir esta creación, y que se encuentran al final de la genealogía de Jesús (en reversa), son las siguientes: «hijo de Adán, hijo de Dios» (Lucas 3.38b). La creación que Dios hace de Adán (el hombre) es vista como una función «paternal». En Su condición de Padre del primer hombre, Él es Padre de toda la humanidad.

UN PADRE SELECTIVO

Dios también es Padre por motivo de Su promesa/pacto. Un pasaje de Malaquías nos proporciona una transición que nos lleva de la idea de Dios como Padre universal por la creación, a la idea de Dios como Padre selectivo por la promesa/pacto. Dios dijo que el pacto establecido con Su pueblo, era un pacto «de vida y de paz». También dijo: «Vosotros os habéis apartado del camino;... no habéis guardado mis caminos». Luego Malaquías les hizo un ruego a los judíos sobre la base de una verdad universal: «¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué, pues, nos portamos deslealmente el uno contra el otro, profanando el pacto de nuestros padres?»⁵ (Malaquías 2.3–10). Malaquías estaba

tratando de convencer a Su pueblo sobre la base de dos principios globales: Dios es Padre porque Él es Creador; Dios es Padre de Israel por motivo de Su pacto con ellos.

La condición de Padre selectivo de Dios, por motivo de la promesa/pacto, es un tema importante del Antiguo Testamento. Deberíamos observar un importante cambio que ha tenido lugar aquí. La condición de Dios como Padre universal por motivo de la creación, era suficiente razón para que el hombre tuviera plena comunión con Dios, siempre y cuando el pecado no causara la separación de Dios. En su estado de pureza, Adán era, como lo hemos observado, «un hijo de Dios». Cuando el hombre pecó, éste fue separado de Dios. A partir de ese momento, y a través de toda la historia, la condición de Dios como Padre universal por motivo de la creación, dejó de ser razón suficiente para la plena comunión con Dios.

Por una iniciativa de Dios, Abram fue llamado a servirle y se le animó con las promesas de Dios (Génesis 12.1–3) y con el pacto (Génesis 17.1–2). También fueron llamados su hijo Isaac y su nieto Jacob (Israel) (Génesis 26.2–5; 35.9–12). ¿Fueron las anteriores, acciones de Dios el *Padre*? Sí, en efecto. Aun antes de que la ley fuera dada a Su pueblo, comenzando en Sinaí, Dios reconoció a Israel como Su hijo primogénito (Éxodo 4.22). El pueblo que Dios llamó estaba consciente de que habían sido *seleccionados* de entre todos los demás para que ellos fueran Su pueblo sobre la base de la fidelidad de ellos al pacto (Éxodo 19.3–6).

Con el transcurrir del tiempo, el pueblo entró en Canaán. Tuvieron jueces por líderes. Eventualmente, el gobierno monárquico se estableció. En medio del resplandor, la pompa y el poder de los reinados de David y de Salomón, Dios les recordó que Él era el Padre de ellos. Dios le dijo a David, acerca de su hijo Salomón, lo siguiente: «Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo» (2 Samuel 7.12–14; vea 1 Crónicas 28.4–7). El salmista le cantó alabanzas a Dios, relacionadas con estos gloriosos momentos de la monarquía davídica, del pacto, y del reconocimiento de David a Dios como Padre suyo. Dejó constancia de lo que Dios dijo acerca de Su relación con David: «Él me clamará: “Mi padre eres tú, mi Dios, y la roca de mi salvación”. Yo también le pondré por primogénito,...» (Salmos 89.24–29).

Muchos de los profetas subrayaron la relación Padre/hijos que Dios tenía con Su pueblo escogido. Ésta tomaba a menudo la forma de reprimendas cada vez que el pueblo dejaba de serle fiel a Dios, el Padre de ellos. Una vez que se quejaron, y

⁵ Para más comentarios, consulte: Robert C. Dentan, “Malachi” («Malaquías»), in *The Interpreter's Bible*, vol. 6, ed. George Arthur Buttrick (Nashville: Abingdon, 1956), 1134).

cuestionaron a Dios por el método que Él usó para liberarlos usando a Ciro, el rey persa, su áspera respuesta a través de Isaías fue: «¡Ay del que dice al padre: ¿Por qué engendraste? y a la mujer: ¿Por qué diste a luz?!» (Isaías 45.9–11). (Llama la atención que Pablo usara esta Escritura con un propósito parecido en Romanos 9.14–24).

Estos pasajes muestran que la relación de Dios como Padre selectivo, con Su pueblo, incluye el Señorío de parte suya y el ser siervos de parte de ellos. Esto pone en alto relieve la actitud que Dios adoptaba para con Su pueblo cada vez que caían en la idolatría. Era vergonzoso cuando le decían a un leño: «Mi padre eres tú; y a una piedra: Tú me has engendrado» (Jeremías 2.26–28). La rebelión e infidelidad de ellos en contra de Su voluntad era considerada una deshonra para el Señor de los ejércitos como Padre, rebelión que no le mostraba temor alguno a éste como Señor (Malaquías 1.6).

Los profetas en su totalidad, continuaron proclamando que Dios no era solamente el Dios de los antepasados de ellos, tales como Abraham, Isaac y Jacob. Él es siempre el Padre de Su pueblo escogido, el único Dios viviente del cual pueden depender: «Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh

Jehová, eres nuestro padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre» (Isaías 63.16). También reconocían: «Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros» (Isaías 64.8).

A pesar de la hambruna, la pestilencia, el castigo, la rebelión, la idolatría, la guerra, etc., que distinguieron gran parte de la azarosa historia de Israel, Dios, el Padre selectivo, siempre aceptó ser el Padre de ellos (Jeremías 31.9d). Él continuó siendo fiel a Su promesa/pacto, y continuó abriendo Sus brazos de perdón a Sus amados hijos. Uno de los más conmovedores pasajes del Antiguo Testamento describe el amor no correspondido de Dios por Sus hijos extraviados:

Quando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más yo los llamaba, tanto más se alejaban de mí; a los baales sacrificaban, y a los ídolos ofrecían sahumerios.

Yo con todo eso enseñaba a andar al mismo Efraín, tomándole de los brazos; y no conoció que yo le cuidaba. Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida (Oseas 11.1–4). ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados